



La paz, ministerio de la Iglesia en Venezuela

“

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Mt 5,9).

Quisiera introducir como tema de reflexión algo que considero fundamental en estos momentos que estamos atravesando como país, a saber, el papel que debería jugar la Iglesia Católica después de los acontecimientos del 11 de abril, qué incidencia debe tener la Iglesia en los procesos que se desencadenaron a partir de dichos sucesos, y el respectivo contexto en que se dieron, y que nos preocupan verdaderamente a todos, pero especialmente a nuestra mayoría empobrecida.

Luis Ovando Hernández, S.J.

¿Qué está pasando con ustedes?

Para nadie es un secreto el rol público -e incluso protagónico-, que han asumido algunos hermanos nuestros de la jerarquía eclesiástica y sacerdotes en estos últimos tiempos. Todos ellos han fijado posición ante situaciones concretas, han ofrecido análisis sobre cuestiones coyunturales, han sido atacados y han contraatacado, han exhortado al diálogo y se han comprometido con éste (salvo una vez, al menos explícitamente), hacen militancia política, han marchado y contramarchado, han presidido celebraciones y refrendado procesos...

Una de las tantas consecuencias negativas e inevitables de esta postura protagónica de algunos representantes del clero fueron los “ataques” propios de los ambientes políticos, marcados esencialmente por la crítica destructiva, la guerra sucia y el descrédito, y que tuvieron como objetivo a estos representantes de la Iglesia. Al igual que ocurre con las posturas radicalizadas del proceso político venezolano, a todos estos ministros ordenados se les dividió esencialmente en dos, y el contenido de cada extremo en donde fueron colocados está directamente relacionado con la adhesión o no al proceso revolucionario.

rio encabezado por el presidente Chávez. Habría que decir, asimismo, en honor a la verdad, que no todas las etiquetas son gratuitas y que, por lo general, muchas de éstas han sido el resultado inmediato del posicionamiento de dichos eclesiásticos. No es de extrañarnos, pues, que el gobierno en un determinado momento, al igual que los ambientes eclesiales de base, concibieran a la jerarquía como un "partido de oposición". Algunos obispos, por su parte, miraron con cierta distancia -y misericordia- la actuación de algunos sacerdotes abiertamente afectos al gobierno del Presidente.

El problema se complica más cuando las mismas etiquetas nos vienen colocadas a todos aquellos que participamos del sacerdocio, y que ejercemos nuestro ministerio en medio de estas comunidades cristianas concretas: hoy día, para ser tildado de "chavista" o de "antirrevolucionario" se requiere bien poco. Segunda consecuencia negativa, pero evitable: toda esta situación ha generado una cierta confusión entre nuestros hermanos respecto de todos nosotros, pastores y sacerdotes, que va en detrimento de nuestra misión y de nuestro ser cristiano. He tenido que habérmelas con una sola pregunta durante todo este tiempo: "¿qué está pasando con ustedes los curas?". Es en estos casos en donde debemos tener muy presentes los consejos del apóstol Pedro de dar razón de nuestra esperanza a todos aquellos que nos lo pidan, respondiendo con modestia, respeto y buena conciencia (1Pe-dro 3,15-16).

Iglesia Católica y opinión pública

Si bien es cierto que la mayoría de los cristianos católicos con los que me relaciono, religiosos y sacerdotes diocesanos incluidos, no se sienten identificados ni representados por estos obispos y sacerdotes que copan los medios de comunicación, y se expresan en cuanto "Iglesia", también lo es que a nivel de opinión pública la Iglesia institucional goza de una alta cuota de credibilidad aún hoy.

Para la firma encuestadora *Ceninest*, este alto grado de credibilidad que posee la institución católica se debe a que nuestro pueblo, ante esta situa-

ción tan confusa, "tiende" a aferrarse a aquellas instituciones que defienden valores societarios como son la paz, la esperanza, el diálogo, etc.

Esta tendencia de la opinión pública ante los asuntos del entorno nacional es lo que ha permitido "inmunizar" a algunos representantes de la Iglesia contra los ataques del Presidente, previos a la semana del 11 de abril. Asimismo, propició el que los sectores talibán del chavismo viesen con buenos ojos la protección que brindaron, tanto Monseñor Porras, como el Cardenal Velasco a Hugo Chávez ese fin de semana.

En medio de esta crisis que estamos atravesando como país, la Iglesia va a ser más y más requerida a nivel de institución social. Y tenemos que aceptar esta invitación aunque ello implique un conflicto entre la jerarquía y sectores eclesiales determinados. Ahora bien, para que nosotros, pastores y ministros, no nos convirtamos a la larga en "campana estridente" (1Corintios 13,1), debemos sostenernos efectivamente en nuestras comunidades eclesiales, y no en el piso que nos concedan los medios de comunicación social.

¡Cómo estarán las cosas, que hasta hay que explicar lo obvio!

Lo dicho anteriormente supone para nosotros volver a preguntarnos por nosotros mismos, pero a partir de lo que Jesús de Nazaret nos encomendó, de su misión. Vernos nuevamente a nosotros mismos en este momento, implica dar una mirada a las necesidades de la Iglesia, Pueblo de Dios, y del país.

Nuestra Iglesia, hacia adentro, necesita decirse a sí misma todos los días que el Pueblo de Dios está constituido por cada uno de nosotros, y no sólo por el clero. Este pueblo de Dios le pide cuatro cosas a sus representantes:

- En primer lugar, le pide que se diga toda la verdad, que nos digamos toda la verdad de lo acontecido y de lo que esperamos. Este proceso de hablar con "la verdad por delante", traerá como fruto sabroso la libertad propia de los que somos invitados a vivir como hijos de Dios y discípulos de Jesús (Juan 8,32).

- En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, la Iglesia le pide a sus representantes que hagan

uso de su libertad para pedir perdón, y concedérselo a todo aquel que lo pida. Un cristiano libre ya no se siente atado por todas esas resistencias que le impiden ver su cuota de responsabilidad; ya no teme pedir perdón, así como tampoco siente temor o debilidad por aceptar al otro. El mejor ejemplo en este sentido nos lo ha dado Juan Pablo II.

- En tercer lugar, el Pueblo de Dios le pide a sus representantes que, de cara a la opinión pública, se presenten como lo que son, a saber, ministros de Dios. Esto es ineludible. La gente nos pide que prosigamos por las veredas del Buen Pastor (Juan 10,11-15), asumiendo también nuestra condición de "pastores heridos", de hermanos que acompañamos y nos dejamos acompañar por otros hermanos y hermanas mayores que nosotros en la fe, que no nos las sabemos todas y que estamos dispuestos a reparar los daños y faltas que podamos causar, pues no somos Dios (Génesis 3,5).

- Por último, la gente pide "que los curas no se metan en política". Esto hay que matizarlo. A lo largo de toda su historia, la Iglesia ha tenido que relacionarse con los Estados y sociedades, y con sus respectivas situaciones, donde se ha hecho presente. Esta relación no siempre ha sido fácil, y en no pocas ocasiones nos ha alejado de nuestra tarea fundamental como constructores del Reino de Dios, enturbiando asimismo la razón de ser de nuestro ministerio. Y en el caso de la Iglesia venezolana, constatamos que no estamos exentos de entrar en esta dinámica.

En tal sentido, la Iglesia es sabia cuando pide a sus clérigos no "participar activamente en los partidos políticos ni en la dirección de asociaciones sindicales" (CIC, 287, 2), "aceptar cargos públicos" (ibid., 285, 3), y evitar todo lo que sea extraño al estado clerical, aun sin ser indecoroso (ibid., 285, 2). Con otras palabras, la Iglesia nos pide no entrar en política y así evitar entrar en el círculo típico que hemos mencionado anteriormente de críticas, ataques y guerras de desprestigio, aunque la política no se funde sólo en eso.

Por otra parte, y este debe ser un mensaje que todos los ministros y pastores tenemos que comunicar a nuestra base eclesial, y al país mismo: la

Iglesia, pueblo de Dios, quiere que el Señor reine en nuestros corazones y en el conjunto de la vida social, de la cultura, de las situaciones políticas, de los proyectos y las ideologías que conforman el quehacer nacional. La jerarquía y los sacerdotes tenemos que recordarle a nuestra gente que si bien es cierto que "no somos mundanos, *estamos en el mundo*" (Juan 17,15), hemos sido enviados a este mundo a predicar que "Jesús es el Señor" (Juan 21,7), a semejanza suya y de sus primeros testigos y de todos los testigos hasta nuestros días.

La fuerza política de la Buena Noticia de Jesús

Si nuestro pueblo nos está diciendo en qué campo no debemos inmiscuirnos, hay que recordarle a este mismo pueblo que el anuncio del Evangelio es una provocación al mundo de naturaleza política: estamos en contra de cualquier dominio sobre los hombres que no sea el del Señor Jesús (S. Dianich). Todo cristiano que propague la Buena Noticia de Jesucristo no hace sino activar en medio de la dialéctica de la historia, con sus aciertos y desaciertos, un principio político que se convierte en un juicio incómodo para todos aquellos -personas, partidos, ideologías- que pretendan someternos a su propio juicio. El Evangelio no hace sino desenmascarar las intenciones manipuladoras de toda propuesta humana, incluidas las de la institución eclesiástica, cuando pretenden ser absolutas y definitivas, y perjudican a las personas a las que dicen servir.

Ahora bien, la proclamación del Evangelio es una acción pública, o sea, no es únicamente proclamación "pública" hecha individualmente por un sujeto privado concreto, sino que es llevado a todos por la Iglesia entera, por el Pueblo de Dios que pone en acto lo que el Señor le ha pedido (Mt 28,19-20). Si la Iglesia nació de la comunicación mutua de la experiencia con Jesús, todos los creyentes somos sujetos portadores de este anuncio, todos somos responsables; y nuestro servicio y ministerio tiene que ver con los dones y carismas que el Espíritu suscita dentro de la comunidad cristiana.

Proseguir por los caminos que nos ha preparado el Buen Pastor no es en

modo alguno una misión ingenua, que puede realizarse asépticamente, sin contacto con las contradicciones de nuestra realidad. Tampoco se trata de contrarrestar las posturas ideológicas presentes presentándonos como "oposición". El anuncio del Evangelio es el anhelo de un mundo en donde Dios reina. Este anuncio se hace en cuanto cristianos, pero también en cuanto ciudadanos: El aspecto político debería encontrar en los cristianos(as) la riqueza de la pluralidad de las propuestas políticas, de la adhesión libre a diversos sistemas ideológicos.

La misión de la jerarquía y del clero tiene que ser la proclamación de la Palabra. El anuncio de la novedad del Reino, desde su incidencia en lo político, se contrapone fecundamente no sólo a los ídolos del mundo, sino también a las posturas talibán, construidas y seguidas incluso por los cristianos. Si es éste el modo de entender la "política", tendríamos que afirmar entonces que la Iglesia, jerarquía y sacerdotes incluidos, debe participar activamente en ella.

La paz como ministerio eclesial

Hemos dicho que la Iglesia está siendo invitada cada vez más, en cuanto institución social, a servir de "vaso comunicante" para que el diálogo entre los diversos actores del quehacer sociopolítico se haga realidad. A la Iglesia se le está pidiendo que asuma su condición "pontifical", o sea, servir de puente, tender puentes a todos en actitud inclusiva. Inmediatamente después de los sucesos de mediados de abril, el 73% de la población estaba de acuerdo en que el diálogo tripartita debía darse, y ante la pregunta de quién propiciaba este diálogo, la respuesta fue una: la Iglesia.

Ante esta petición concreta que se le hace a la Iglesia Católica, ésta debería darse toda entera a crear las condiciones para que el diálogo se dé. La primera de éstas es la paz, la concordia. Hay que crear un clima en el que todos los involucrados se encuentren, en una actitud serena, y así llegar al fondo de lo sucedido y que nos prepare a afrontar de diversa manera el complicado, e inmediato, futuro que se nos avecina.

La paz a la que nos estamos refiriendo cuenta a su vez con dos elementos fundamentales que comprometen a todo el Pueblo de Dios, como son el perdón y la reconciliación, y los deseos sinceros porque se haga justicia. La paz es un ministerio eclesial, en el sentido más genuino de la palabra (Mt 5,9). Que los cristianos, y la institución eclesial de manera particular, nos dediquemos a construir la paz en Venezuela es un modo de tomarnos en serio la constitución del Pueblo de Dios. En tal sentido, la paz se convierte en criterio verificador, en donde apreciamos las coincidencias y los contrastes de nuestro actuar como cristianos.

La exigencia a convertirnos en constructores de paz no puede ser asumida jamás como heteronomía, sino como una invitación a superar mezquindades e infidelidades, aceptando la misericordia de Dios que nos hace hijos y que nos invita a llevar la Buena Nueva a todos los hombres.

Debemos estar claros: lo que se nos pide no es fácil, y, en ocasiones, se convierte en fuente de sinsabores. El énfasis no lo ponemos en el ejercicio pacificador, sino en las consecuencias que la paz traerá consigo (aunque no está negado que se pueda dar en la práctica, pero no necesariamente). El énfasis lo ponemos en el largo plazo: a problemas complejos y delicados, soluciones igualmente complejas y delicadas.

Un último elemento. La Iglesia debe asumir esta misión desde una opción preferencial, abierta y explícita, que nace del amor evangélico por los más pobres; la falta de esta opción precisa que incluya a los pobres como agentes pastorales de la misión, se resolverá siempre en un apoyo a los que históricamente los han excluido de sus planes (J. B. Metz). No es posible hacer un anuncio serio del Reino del Padre que quiere la paz y la justicia, sin mostrar sus signos en la historia con un compromiso concreto desde una perspectiva concreta, la de los pobres.

Luis Ovando Hernández, S.J.

Teólogo. Miembro del consejo de SIC